

Llegó a presidir la Asociación de Teólogos Juan XXIII pero ya ni ésta, ni su presidente, eran lo que fueron. Una y otro estaban en decadencia acelerada. Y no dejaba de ser curioso que un aparente jesuita, pues vivía en un piso de la Compañía junto con otros jesuitas, presidiera ese caballo de Troya eclesial.

Digo que el libro es interesante pues ilustra abundantísimamente lo que fue la contestación en la Iglesia. Que, sin embargo, sobrevive pese a todo eso. Y pese a que todavía quede algún ejemplar de lo que antaño parecían los profetas de lo que jamás llegó. Díez-Alegría ya con 98 años.

Yo no sé si en su situación actual se enterará de algo. Pero, como tonto no lo fue nunca, ha tenido que sentir el fracaso absoluto de todo lo que soñó. Aunque tal vez se negara a reconocerlo. Lamet ha querido titular el libro “Un jesuita sin papeles”, tal vez hubiera sido más exacto, aunque mucho más cruel, haberlo titulado “Un jesuita sin esperanza”. Porque todas las que tuvo se desvanecieron. Todo se le ha hundido. Como el marxismo.

Si hasta su amigo del alma, el P. Llanos, del que Lamet nos deja una semblanza que queriendo ser laudatoria resulta penosa: depresivo, autoritario, insoportable..., con quien se fue a vivir al Pozo del Tío Raimundo, terminó siendo una cruz.

Libro pues importante para quien quiera conocer un pasado eclesial que todavía nos pesa. Libro también triste. Por Díez-Alegría, por la Compañía de Jesús, por todo.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

Guerra Campos, José: LA ESPERANZA DEL EVANGELIO (*)

Estamos ante un pequeño volumen que recoge parte del magisterio de don José Guerra Campos en diversas homilías y conferencias pronunciadas durante su episcopado conquense.

(*) Editorial Sol, Pozuelo de Alarcón (Madrid), 2009, 186 páginas.

Don José Guerra Campos (Ames, La Coruña, 1920-Sentmenat, Barcelona, 1997) fue seguramente el obispo de más peso intelectual de su época. Pero le tocó vivirla a desmano. Si hubiera nacido treinta años antes o treinta después hubiera terminado sus días al frente de un arzobispado de campanillas y muy probablemente con el capelo cardenalicio. Reconocido por todos. No fue así. En sus días episcopales se llevaba y se quería otra cosa. Y bien que se lo hicieron ver. Relegado en Cuenca era el obispo incómodo. Pero, mientras que de la inmensa mayoría de los cómodos hoy ya nadie se acuerda, el magisterio de don José sigue teniendo actualidad y vigencia. Hay que felicitar a quienes han querido recogerlo en este pequeño volumen que creemos es anticipo de más que vendrán.

No es este el momento de hacer una biografía del obispo Guerra. Ya hay alguna y no me cabe duda de que vendrán más. Ahora no pretendo otra cosa que daros cuenta de la aparición de este libro y animaros a su lectura. En la seguridad de que agradeceréis la recomendación y os aprovecharán notablemente sus páginas.

El primer texto (págs. 27-36) es la homilía pronunciada en la catedral de Cuenca el 8 de abril de 1992 dedicada a los mártires don Cruz Laplana, obispo de Cuenca, y a su vicario general don Fernando Español, ambos ya hoy en los altares como beatos. Es una hermosa homilía muy apropiada a la circunstancia.

El segundo es otra homilía dedicada a la Inmaculada (1991) (págs. 39-50) cuya lectura también sin duda aprovechará al que se acerque a ella.

Después viene el texto de una charla cuaresmal (1977) (págs. 53-63), de notable enjundia espiritual y que toca cuestiones medulares de la vida cristiana. Que sin duda harán pensar al lector.

Y llegamos a lo que bien puede calificarse como la joya del libro tres conferencias cuaresmales (1978) (págs. 67-162) en las que resplandece la inteligencia y la claridad del teólogo. Me parecen extraordinarias. Y un antídoto contra mucho de lo que circula por ahí sobre la cuestión. No habla el intelectual para intelectuales. Pone al alcance de todos lo mucho que sabe. Son páginas que confirman la fe. Magníficas.

Sólo ellas justificarían más que sobradamente la adquisición del libro. Y pulverizan muchas obras cuyo éxito sólo se explica por la ignorancia del lector. Lo que expone don José Guerra es la fe de la Iglesia. Y por ello la base de la esperanza cristiana. De lo mejor que he leído al respecto. Hay que tener en cuenta que no se trata de un estudio teológico para intelectuales sino de unas conferencias para un público no especializado. Pero el gran teólogo que era el obispo de Cuenca consiguió hacer asequibles a todos sus ingentes saberes. Todo es sencillo, todo es claro, todo es la pura fe de la Iglesia. De verdad creo que no se podía exponer mejor y en menos espacio lo que la Iglesia cree sobre la Resurrección.

Concluye el libro con una conferencia (1977) (págs. 165-182) titulada “Esperanza y alegría en el Evangelio”. También para meditarla.

Os repito que la parte central del libro me parece extraordinaria. De obligada lectura ante la confusión de hoy.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA

***Benavides, Domingo:* MAXIMILIANO ARBOLEYA (1870-1951). UN LUCHADOR SOCIAL ENTRE LAS DOS ESPAÑAS (*)**

Libro del mayor interés para conocer una época de la Iglesia, agitada y en un momento trágica, al hilo de un peculiar sacerdote asturiano, ciertamente notable, pero de un carácter tan especial que le hizo fracasar en todo cuanto emprendió.

Hemos dado cuenta de la biografía que Lamet escribió sobre no sabemos bien si su compañero en los jesuitas Díez Alegría. Queramos decir su compañero hoy pues, hasta que parece que los dejó, el jesuita asturiano indudablemente lo era. En nuestra re-

(*) BAC, Madrid, 2003, 280 págs.